

DE FRONTERAS Y EXILIOS

Ana R. Calero, Domingo Pujante & Miguel Teruel
Universitat de València

Cuando surgió la oportunidad de publicar este volumen dedicado a las “fronteras” no podíamos imaginar la diversidad de enfoques que recibiríamos sobre este tema. Nos ha sorprendido gratamente, y esperamos que el lector disfrute de la variedad de perspectivas y concepciones de frontera. Es innegable que vivimos rodeados de fronteras físicas, geográficas, metafóricas, internas... y es innegable la necesidad del ser humano de delimitar, de etiquetar, de definirse siempre en oposición a otro. A lo largo de la historia, las fronteras se han teñido y se tiñen de rojo, es el lenguaje de la violencia y de la incomprensión hacia la otredad, de las guerras por defender o por invadir territorios ajenos. En este caso la frontera se entiende como barrera, como línea divisoria entre un “nosotros” y un “ellos” considerado distinto porque existe una falta total de tolerancia y una clara voluntad de no aceptación y sí de exclusión que lleva a convertir al otro en un extraño¹.

Sin embargo, también es humana la necesidad de reventar los pilares sobre los que se sustentan las sociedades hegemónicas en las que predominan los binomios, para integrar el elemento diferenciador. Es precisamente la diferencia la que permite desdibujar unos límites que se han interiorizado como inflexibles, inamovibles y fijos, pero que en realidad son construcciones artificiales que han ganado solvencia con el paso del tiempo. Como señala Alejandro Grimson las fronteras pueden “desplazarse, desdibujarse, trazarse nuevamente, pero no pueden desaparecer: son constitutivas de toda vida social. Un proyecto de abolición de todas las fronteras estaría necesariamente destinado a fracasar, ya que no puede vivirse fuera del espacio y sin categorías de cla-

* Los editores desean agradecer especialmente a Mercedes Quilis su paciencia y dedicación.

¹ Vid. Rommelspacher (2002: 11): “Je mehr die Grenzen für die Beteiligten problematisch sind und zu Irritationen führen, je mehr sie mit dem Verweis auf die Unbekanntheit des Anderen gezogen, also mit Fremdheit begründet werden, und schließlich, je mehr sie auch pragmatische Konsequenzen im Sinne von Ausschluss haben, desto mehr werden die jeweils Anderen zu Fremden”.

sificación. Más bien, por un lado, el debate es dónde colocar fronteras, y por el otro, cuándo pretender cruzarlas, debilitarlas, asumirlas reflexivamente o reforzarlas” (Grimson, 2003: 22).

El concepto de *nación*, por ejemplo, nos es tan familiar, que apenas somos ya conscientes de que se trata de un fenómeno histórico relativamente joven, creado de forma discursiva y basado en el principio de unidad. Los discursos nacionalistas tienen como meta convertir grupos heterogéneos de personas en comunidades unificadas: es lo que Benedict Anderson denomina *imagined communities*. La historia ha demostrado que nación es una construcción relativamente frágil e inestable. Para Homi K. Bhabha este concepto presenta ambivalencias puesto que la imagen idealizada de una comunidad homogénea con una historia coherente depende de la confirmación reiterada por parte de esa comunidad. Sin embargo, puede suceder que esta confirmación sea negada al hacer que se escuchen otras historias, como por ejemplo de exiliados, emigrantes, oprimidos, etc. que por su otredad sólo pueden darse en el margen de la comunidad nacional. De esta manera, al no confirmarse el discurso nacional y oponerle otro, la diferencia destaca, y con ello se rompe desde dentro el concepto de una comunidad nacional homogénea. Actualmente, el modelo que proporcionan los discursos nacionales, que hacen hincapié en una comunidad homogénea y subrayan el factor de pertenencia a ésta, han quedado obsoletos en el mundo globalizado y poscolonial en el que vivimos. Bhabha introduce el término *third space* para hacer referencia a un espacio intermedio en el que el contacto entre las culturas da lugar a un intercambio constante entre ellas. Desde allí surgen otras voces híbridas que son capaces de transmitir esta compleja perspectiva transformándola y traduciéndola de forma creativa.

Sillas

Construir sillas

Ocupar sillas

Combatir sillas

Volcar sillas

entre las sillas

conquistar tierra

vivir sin sillas

entre las sillas

vive la posibilidad

de permanecer
 en movimiento² (José F. A. Oliver *Auf-Bruch*)

* * *

Roland Jaccard en su *Dictionnaire du parfait cynique*, para su breve entrada dedicada al exilio, acude al escritor suizo de expresión alemana Ludwig Hohl, que vivió en una extrema pobreza (incluyendo trece años de errancia por París, Viena y La Haya) y exclusión social, defendiendo de manera extremista sus ideas sobre la vida y la literatura hasta su muerte en 1980, y que proclamaba que todos los grandes logros del espíritu nacen del exilio. El poeta tunecino residente en París Tahar Bekri precisa en el mismo sentido que toda creación verdadera es un exilio ya que es el lugar de una visión única, una búsqueda de sí mismo y de los demás, un espacio donde se elabora la lengua de escritura en la que se mueve la voz de cada escritor, su aliento, su ritmo, su respiración, su cuerpo y su ser.

No obstante existen otras formas de exilio menos poéticas y más físicas, como recuerda Christiane Albert en su introducción a *L'immigration dans le roman francophone contemporain*, aquellas en las que el escritor debe cambiar de lugar geográfico para sobrevivir en tanto que escritor, para llevar a cabo su tarea creadora, un exilio material que se convierte igualmente en la mayoría de los casos en exilio interior. Las razones que impulsan a un escritor a abandonar su tierra natal por otra de acogida pueden ser muchas, desde políticas a personales, sin descuidar las económicas, pero la constante, como veremos en muchas de las contribuciones de este número, es la misma: una profunda herida, un sentimiento de pérdida de referentes y de gran desasosiego, pero igualmente una riqueza única e irrepetible debida a la fusión de la cultura original y la de acogida, vinculada igualmente a la idea de transición, de perpetua construcción identitaria, de pertenencia a un nuevo espacio, situado en los intersticios y los recovecos del alma.

Los escritores del exilio se caracterizan de manera general por un sentimiento de dolor que el propio desarraigo, en tanto que extracción violenta de las raíces de la tierra natal, genera, desazón mezclada con unas gotas de traición a los orígenes que se hace más o menos transparente en su escritura. Sin embargo sus obras, al no subscribirse a un territorio acotado, al beber de distintas aguas y nutrirse de diversas culturas, se convierten en más universales, transforman sus raíces en alas de libertad, en un vuelo más alto, más rápido,

² Stühle/Stühle bauen/Stühle besetzen/Stühle bekämpfen/Stühle umwerfen//zwischen den Stühlen/Land erobern/stuhllos leben//zwischen den Stühlen/lebt die Möglichkeit//in Bewegung//zu bleiben. La traducción es nuestra.

más fuerte que el de sus progenitores, en una melancolía que deviene ejemplo de entendimiento entre los pueblos. Así sus personajes se prestan a un continuo juego de transformaciones, travestismos y metamorfosis, son víctimas sin duda de la exclusión social tanto del espacio de partida como de llegada, se aventuran en un penoso proceso de (re)conquista de la identidad, donde los orígenes se diluyen y los esquemas tradicionales sostenidos sobre valores seguros se deconstruyen, dando lugar a una identidad bastarda, casi monstruosa, sustentada en un espacio otro, inter, pan o trans, mestizo, híbrido, que los engloba a todos, como el propio dios Pan, mitad hombre mitad macho cabrío que atrae y repulsa, pero con el que todos los dioses del Olimpo se identifican.

La singular escritora, filósofa y psicoanalista francesa de origen búlgaro, Julia Kristeva, es una de las intelectuales que más ha reflexionado sobre esta experiencia única y universal del exilio. En 1988 publicaba su excelente ensayo *Étrangers à nous-mêmes* en un momento de gran debate social sobre la inmigración en Francia. Veinte años después este trabajo es de tremenda actualidad en nuestro país. Kristeva aborda un tema crucial de moral en este siglo XXI: ¿cómo vivir con los otros, sin rechazarlos y sin absorberlos, si no nos reconocemos primeramente como extranjeros a nosotros mismos? La autora nos invita a repensarnos como “extranjeros”, a cuestionarnos nuestra relación con los demás extranjeros, restituyendo la figura y el destino del extranjero como piedra angular de la civilización europea tanto desde el punto de vista social y cultural como religioso. Así empieza un recorrido por la antigua Grecia y sus “metecos” y “bárbaros”, los judíos que sitúan a Ruth, la moabita, la extranjera conversa, en los fundamentos de la realeza de David o San Pablo que predica entre los trabajadores inmigrantes que se convierten en los primeros cristianos. Kristeva hace un recorrido por Rabelais, Montaigne, Erasmo, Montesquieu, Diderot, Kant, Herder hasta llegar a Camus y Nabokov que se han ocupado y preocupado por esta cuestión. Como ejemplos de la Historia aborda la Revolución Francesa (y sus Derechos Humanos) que honra a los extranjeros hasta que los aplasta con el Terror, pasando por los nacionalismos románticos y por los totalitarismos. Acaba el recorrido con Freud y su inquietante extranjería para proponer una nueva ética que se resumiría en no “integrar” al extranjero sino respetar su deseo de vivir de manera diferente de acuerdo con el derecho básico a la singularidad, consecuencia última de los derechos y deberes humanos. ¿La nacionalidad debe adquirirse automáticamente o, por el contrario, deberíamos elegirla por un acto responsable y deliberado? ¿Nos encaminamos hacia una nación-puzzle hecha de diferentes particularidades? ¿Se trataría de extender el derecho al respeto a nuestra propia “extranjería”, en definitiva a nuestra singularidad o privacidad, a la noción misma de “extranjero”? Una

evolución de las mentalidades se impone para favorecer la mejor armonía de tal polivalencia a la que nos enfrentamos.

En 1994 Kristeva escribía un artículo titulado “Bulgarie, ma souffrance”, ya que *France* (Francia) es una parte de *souffrance* (sufrimiento), donde reivindica una identidad y una escritura situada en el cruce de dos lenguas y de dos tiempos al menos, donde se amasa un idioma lleno de alusiones patéticas en sentido estricto, una lengua en la que bajo la apariencia lisa de las palabras francesas pulidas como la piedra de las pilas de agua bendita, deja traslucir los negros dorados de los iconos ortodoxos. Un idioma del que surge un gigante o un enano, un monstruo en definitiva que goza de no estar nunca contento consigo mismo, a la vez que exaspera a los autóctonos tanto los del país de origen como los del país de acogida. Cuando esta angustia, esta nostalgia, que no es sino una burbuja, un desgarró respiratorio, una anfetamina, se calma para poder mostrarse ante los demás como una razón de ser, estos seres fronterizos, estos inclasificables, estos cosmopolitas, entre los que se sitúa Kristeva, representan a sus ojos por un lado la pulsación y el palpitar del mundo moderno que sobrevive a sus famosos valores perdidos precisamente gracias a, o a pesar del flujo continuo de inmigrantes y del subsiguiente mestizaje, y por otro y como consecuencia de lo anterior, dejan entrever un nuevo pensamiento positivo que se afirma por encima de los conformismos nacionales y de los nihilismos internacionales.

Kristeva propone pues dos soluciones para combatir el horror que genera la reivindicación belicosa del territorio físico, social, cultural y religioso y la imposición del totalitarismo, por un lado hacer que fructifiquen las lenguas y las culturas nacionales y por otro favorecer esas especies aún raras aunque en vías de proliferación, proteger a esos monstruos híbridos que son los escritores migrantes, que se juegan el tipo continuamente por tener el culo entre dos sillas, con el fin de engendrar nuevos seres de lengua y de sangre, enraizados en ninguna lengua ni ninguna sangre, diplomáticos del diccionario, negociadores genéticos, judíos errantes del ser que desafían a los ciudadanos auténticos —y por ende militares de todo género—, estandartes de una humanidad nómada que ya no quiere seguir tranquila con su trasero bien aposentado en una única silla. Un bonito programa sin duda, pero no hay que olvidar que el precio en sufrimiento será duro, puesto que hay algo de matricidio al abandonar la lengua materna y algo de placer de venganza y de orgullo de la proeza realizada, doloroso destino sin duda. El exilio es la única vía posible que nos queda para alcanzar la utópica fuente de la sabiduría. Para la escritora esta diosa Botella (cuyo oráculo decía: “trinch”, bebed) de Rabelais sólo se encuentra en el buscador que sabe que busca, en el exiliado que se exilia de su certeza de exilio, de su insolencia de exiliado. En ese duelo infinito en el que la lengua y el cuerpo

resucitan en los latidos de una lengua transplantada, injertada, la escritora, junto al resto de escritores del exilio, auscultan el cadáver aún caliente, aún vibrante, de su memoria materna.

Kristeva pronunciaba una conferencia el pasado 17 de septiembre de 2007 para inaugurar en París la Université Européenne d'été bajo el epígrafe de "Europe des cultures et culture européenne: communauté et diversité", donde se cuestionaba sobre la existencia de una cultura europea y cómo se ha construido esta identidad a través del arte, la literatura y el pensamiento³. Para la filósofa la respuesta encierra una paradoja y es que existe una identidad, la mía, la nuestra, pero ésta se puede construir y deconstruir infinitamente, es abierta y evolutiva, lo que confiere al destino cultural europeo su desconcertante fragilidad y su vigorosa sutileza. Lo oímos y leemos por todas partes, en todos los medios de masas, declinado al infinito en sus múltiples variantes: diversidad, respeto de las singularidades, apertura de unas fronteras y férreo control de otras, equilibrio entre naciones, globalización, etc. Frente al culto moderno de la identidad individual, la cultura europea que compartimos, por difusa y múltiple que sea, es una búsqueda identitaria recuestionable, remodelable, reconstruible, abierta, plural. Es precisamente este contrapunto, esta contracorriente, lo que más interesa de la cultura europea, lo que le da valor y dificulta a la vez este proyecto compartido. Kristeva, por su propia experiencia vital, sólo puede creer en esta identidad indefinidamente superable. Un ejemplo especialmente ilustrador en este sentido es el del viaje tal como lo entiende San Agustín: *in via in patria*. Sólo hay una patria, la del viaje: espiritual, psíquico, geográfico, histórico y político. Pero también lo encontramos en el pensamiento y en la literatura, en los *Essais* de Montaigne, que consagra la polifonía identitaria del yo o en el *Faust* de Goethe, el espíritu que todo lo niega.

En este volumen reivindicamos, junto a Julia Kristeva y el resto de escritores del exilio, una filosofía identitaria de la diversidad y del continuo cuestionamiento en los temas actuales que nos preocupan (la lengua, la escritura, la nación, los riesgos de la libertad, la secularización y las religiones), una identidad entre tierras, una identidad abierta, cuyo fallo constitutivo y primigenio sólo puede apaciguarse en esta realidad a la vez dolorosa y prometedora que se manifiesta en el diálogo político (ese sustituto filosófico de la guerra), en la metáfora (o sea la poética en sentido amplio que incluye al arte y la literatura) y en la amistad (o la fuerza de las relaciones intersubjetivas).

Sí, soñemos con los pies en esta tierra de nadie con un nuevo humanismo junto a Tzvetan Todorov (y por qué no junto a su compañera, la gran novelista canadiense anglófona Nancy Houston emigrada a Francia con 20 años, que

³ Para ver el texto íntegro en francés véase: <http://www.kristeva.fr/Europe.html>.

empieza a escribir en francés para volver a su lengua materna con su *Cantique des plaines* que no será publicado en inglés, por lo que lo traduce al francés mejorando el original y dando lugar a una técnica de doble escritura que desarrollará posteriormente, la misma que establece una rica y emotiva correspondencia con Leïla Sebbar, escritora de origen argelino exiliada en Francia, con el objetivo de autopsiar el exilio), otro búlgaro de origen nacionalizado francés, especialmente preocupado por la problemática de la alteridad y la relación entre “nosotros” (es curioso que en español ya estén incluidos los “otros” en el “nos”) y los “otros”, ligada a la memoria y a procesos históricos como las colonizaciones. Todorov abogaba en *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, publicado en 1989, casi al mismo tiempo que su compatriota de origen Julia Kristeva publicaba el otro ensayo de referencia, por la búsqueda de la verdad a su posesión, por la opinión que se revela a medida que se desarrolla el diálogo. ¿Cómo podemos, cómo debemos comportarnos frente a aquellos que no pertenecen a la misma comunidad que nosotros? Lo primero que tenemos que hacer, según Todorov, es renunciar a fundar nuestros razonamientos sobre esta distinción. Históricamente dos reglas se han aplicado que han sido igualmente erróneas, puro espejismo: la de Heródoto, que hace que nos creamos los mejores y consideremos a los otros malos o buenos en función de lo alejados que estén de nosotros y la de Homero, que hace que estimemos que sólo hay decadencia a nuestro alrededor y que los pueblos más alejados son los más felices y admirables. Todo falso, nosotros no somos necesariamente buenos pero los otros tampoco y no deberíamos cerrarnos a los otros y rechazarlos sin examen. La separación que cuenta, como diría Chateaubriand, es la que se establece entre buenos y malos, por eso hay que desprenderse del (pre)juicio fácil fundado sobre la relatividad de que los que pertenecen a mi grupo son los buenos. Está claro que el juicio ha de basarse en principios éticos. Sin embargo Todorov nos advierte de que esto no es tarea fácil puesto que hay una tensión evidente entre individuos que pertenecen a una misma especie y colectividades específicas y diversas. La más importante en nuestros días sería la “nación”, o sea la coincidencia más o menos perfecta entre estado y cultura. Hay un conflicto latente entre pertenecer a la humanidad y pertenecer a una nación que puede hacerse violento cuando tengamos que elegir entre los valores de una o de otra. Esta faceta política del ser humano que puede entrar en conflicto con la ética no la podemos obviar y debemos ser conscientes de esta dualidad que puede ser trágica como observamos en algunos trabajos aquí presentados.

¿La solución? Todorov apuesta por un “humanismo moderado” que nos permita aprender de los errores del pasado. Para eso debemos romper las fronteras de las asociaciones fáciles, reivindicar la igualdad de derechos de todos

no implica renunciar a la jerarquía de valores, defender la autonomía y la libertad de los individuos no nos obliga a repudiar cualquier forma de solidaridad. Del mismo modo el reconocimiento de una moral pública común no tiene por qué suponer un retroceso a tiempos de intolerancia religiosa ni la búsqueda de un contacto con la naturaleza una vuelta a las cavernas. Y es que en la mujer y en el hombre se dan dos fuerzas opuestas que le impiden ir más allá de las fronteras, pues si bien la equidad, el sentido moral y la capacidad de elevarse por encima de uno mismo, de ir más lejos, caracterizan al ser humano (aunque lo nieguen ciertos pesimistas y cínicos), también el egoísmo, el deseo de poder, de regocijarse en las convenciones y en las soluciones monolíticas forman parte del ser. Por eso cada uno de nosotros tenemos que implicarnos para que prevalezca en uno mismo una fuerza sobre otra. Algunas estructuras sociales europeas facilitan esta tarea frente a otras que la complican. Pues, concluye Todorov, la sabiduría no es ni hereditaria ni contagiosa, a veces se alcanza, otras no, pero siempre de manera individual, en solitario y no por el mero hecho de pertenecer a un grupo o a un estado. Es lícito sin embargo, nos gustaría añadir, buscar connivencias afectivas que nos faciliten la tarea. El mejor régimen, territorio, espacio del mundo siempre será el menos malo y aunque vivamos en él, como nos sucede a nosotros actualmente en España, todo está por hacer. Aprender a vivir con los otros forma parte de esta sabiduría. Y sólo la sabiduría nos permitirá cruzar la frontera con las menos heridas posibles.

* * *

y todo es pura interrogación
 hasta que un rifle hace seña, y avanzas
 y aceleras cautelosamente despreocupado

un poco más vacío, y más cansado,
 estremecido en el ser como siempre,
 sometido, sí, y obediente.
 (Seamus Heaney “Desde la frontera de la escritura”)⁴

El poeta irlandés incluyó este poema, “From the Frontier of Writing”, en *The Haw Lantern* (1987). Atravesando el espacio vacío de la frontera, la sensación de acatamiento produce siempre un temblor en el propio ser, una interrogación en la identidad.

⁴ “and everything is pure interrogation/until a rifle motions and you move/with guarded unconcerned acceleration —/a little emptier, a little spent/as always by that quiver in the self,/subjugated, yes, and obedient”. La traducción es nuestra.

Los controles en los caminos reales se especulan en los del arte. En el parabrisas del poema de Heaney se refleja otro paso vigilado, la frontera de la escritura. Allí vuelve a suceder: son otras las autoridades y los dispositivos, pero es común el júbilo contenido cuando el viajero y el artista consiguen atravesarlos. Atrás y a los lados van quedando, cada vez más deprisa, mientras por delante se abre el espacio libre.

De estos espacios de oportunidad creativa que las fronteras apenas pueden contener han versado gran parte de los artículos en este volumen. Y de su gran variedad geográfica, temporal, estilística. Los trazadores de límites quisieran acotarlo todo (territorios, épocas, géneros) pero la imaginación humana tiende por naturaleza a huir de lo estanco, y precisamente se nutre siempre del contacto con lo diverso.

Querriamos agradecer especialmente la participación generosa de Fernando Arrabal en este número. El que quizá sea en estos momentos el dramaturgo vivo más importante del mundo nos ha regalado una entrañable y lúcida autoentrevista en recuerdo de su destierro el 11 de diciembre de 1955 y la emoción que le embargaba en ese tren que le conducía fuera de su país natal. Evocando, en un riquísimo juego intertextual, entre otros a Homero que decía que “quien cruza los mares cambia de cielo pero no de espíritu”, el autor aborda, con su particular estilo que aúna de manera alquímica poesía y humor, temas como la influencia positiva y evolutiva de este destierro en su teatro, el arrepentimiento, la lengua, Cervantes, los premios, la fe, los manifiestos “pánicos”, los personajes más importantes que se han cruzado en su vida, el surrealismo y la conversión, la Patafísica, la integración social manipuladora de los transgresores, la vanguardia, la muerte, la madre, el pesimismo, los sueños, la imaginación, la provocación, la seducción e Internet. Como gran humanista, y por tanto utópico, Arrabal evoca un gran deseo que es el final de las inquisiciones religiosas y políticas, el auxilio científico para mejorar la memoria, el orgasmo y la salud. En cuanto a identificarse con un espacio o una cultura concreta sólo el teatro será la patria que siempre viaje con él. Nosotros también viajamos con Arrabal, el arte y la literatura serán nuestro salvoconducto para aventurarnos en ese nuevo territorio de diálogo, metáforas y amistad.

El índice de las aportaciones sigue un orden cronológico, desde la Edad Media hasta los siglos XX y XXI. La primera parte agrupa distintas contribuciones desde la Edad Media al siglo XIX en diferentes ámbitos geográficos y lingüísticos. La segunda parte, la más amplia, abarca la época más cercana en el tiempo y hemos efectuado un recorrido por distintos dominios culturales y lingüísticos: en primer lugar los artículos que se mueven en un ámbito francófono, en segundo lugar por territorios catalanes, luego los que lo hacen por los

paisajes culturales en lengua alemana; y por último, aquellos pertenecientes a los distintos espacios anglófonos.

Evelio Miñano Martínez analiza *L'Entrée en Espagne*, cantar de gesta franco-italiano del siglo XIV, bajo la perspectiva actual de la globalización y los aspectos de identidad y alteridad de culturas, en este caso el enfrentamiento de dos colectividades separadas por una frontera religiosa: los sarracenos y los cristianos. El autor del cantar indaga en los mecanismos que establece la conciencia narradora entre los suyos, los francos, con los que se identifica y los otros, los musulmanes, a los que Carlomagno ha de vencer para liberar el Camino de Santiago. El análisis pone de relieve particularmente la segunda parte de la obra en la que Roldán, ofendido por su tío, se va a Persia y, haciéndose pasar por musulmán, realiza numerosas hazañas al servicio del sultán, lo que supondría una aproximación a los otros que debilitaría esta bipolaridad primaria, mucho más compleja de lo que pudiera parecer. A pesar de la conversión y de la apropiación del otro a través del ejemplo, en esta obra se encontrarían los gérmenes de un encuentro entre los pueblos ya que, en este universo épico, el rechazo del otro parece indisoluble de una cierta necesidad del otro.

Irene M. Weiss presenta en su artículo *Antes del mestizaje: los "dos nuevos mundos" de la Conquista de Chile* un análisis exhaustivo de los tres principales textos que circulaban en el siglo XVI sobre la Conquista de Chile. Se trata de las *Cartas de Valdivia*, la *Crónica* de Gerónimo de Vivar y *La Araucana* de Alonso de Ercilla. La autora describe las diferentes miradas y las diferencias en la transmisión de la figura del indígena, incidiendo especialmente en el poema de Ercilla, quien muestra "otro nuevo mundo", una propuesta nueva en la que se disuelven las fronteras entre españoles y araucanos, ya que se habla de encuentro entre pueblos y culturas.

Laura Llorens Bejarano nos ofrece en *Vida entre dos culturas en la Alemania del siglo XVIII: Moses Mendelssohn* una visión de conjunto de los motivos que subyacen al profundo odio antisemita, que dio lugar a las terribles persecuciones y humillaciones sufridas por los judíos en Alemania desde la Edad Media. La autora se centra principalmente en el siglo XVIII y presenta la figura de Moses Mendelssohn (1729-1786) como transgresor de fronteras físicas, sociales y religiosas, como ejemplo excepcional de tolerancia entre judíos y cristianos.

Ingrid García-Wistädt analiza en su artículo "*Wer die Grenze überschreitet, steht draußen*": *El artista en la literatura alemana en la frontera entre el arte y la realidad* la figura del artista, en concreto del músico, y su evolución a lo largo de la historia, haciendo especial hincapié en la época del Romanticismo. El artista encontrará en el arte una vía que va más allá de la frontera de la realidad para satisfacer la nostalgia romántica. La autora estudia diversas obras

literarias de este período en las que el músico se convierte en representante del artista romántico, y en las que queda patente la lucha de esta figura por conciliar el arte y la sociedad.

Ignacio Ramos Gay explora en *Francia vs. Irlanda: Wilde y la negociación de la identidad dramática* la disolución del tradicional binomio “Englishness / Irishness”, que solía determinar el estudio de la nacionalidad de Wilde en relación con su obra. Para ello analiza cómo se construye progresivamente la identidad cultural francesa del autor.

M. Carmen Molina Romero hace un panorama de una decena de novelistas españoles de expresión francesa exiliados en Francia durante la época franquista (muchos de ellos siendo niños) que agrupa como “generación literaria”: José-Luis de Vilallonga, Jorge Semprun, Carlos Semprun-Maura, Jacques Folch-Ribas, Adélaïde Blasquez, Agustín Gomez-Arcos, Michel del Castillo, Rodrigo de Zayas y Jordi Bonells. Después de definir la frontera como lugar simbólico de entendimiento y de choque, ligada a la identidad y a la lengua, y añadir que la experiencia del exilio sitúa forzosamente al escritor en la frontera entre dos lenguas, la autora demuestra que el francés, lengua de civilización universal durante los siglos XVIII y XIX, adquiere un nuevo auge en los siglos XX y XXI entre muchos escritores de todos los continentes que formarían una “literatura-mundo” en francés y que se distanciaría del concepto de nación, una lengua compartida, sin fronteras, que encarnaría, en nuestra época de mundialización, la defensa de la especificidad y la preservación de la identidad. En el caso concreto de los escritores españoles, casi siempre han adoptado la lengua francesa por distintas causas políticas, sociales e incluso económicas que consolidarían este “afrancesamiento” histórico. Esta nueva “generación” que se exilia también de la lengua sufre una exclusión aún mayor. Todos ellos compartirían unas temáticas que giran en torno a la identidad, la denuncia y el compromiso político, la revisión histórica, la escritura de guerra, la dualidad y el bilingüismo.

Elena Real se centra en el análisis de la novela autobiográfica *Adieu, vivé clarté...* (1998) de Jorge Semprun para demostrar que toda su obra está poblada por la imagen de la frontera directamente relacionada con la experiencia del exilio. De este modo la novela, que parte de la evocación de un poema de Baudelaire, se sitúa en el tiempo y en el espacio-frontera de la separación y del encuentro, en el lugar real y simbólico del “entre-dos”. Ese “adiós” marca la separación definitiva de un tiempo y un espacio perdidos para siempre. Los primeros años de exilio evocados por Semprun se sitúan igualmente en un tiempo-frontera, entre el recuerdo nostálgico de las “vivas claridades” del pasado perdido y las “frías tinieblas” inminentes y amenazantes de la Segunda Guerra Mundial, entre la despreocupación de la infancia y el sufrimiento de la

edad adulta, entre la guerra de España y la del mundo. Este paso de las distintas fronteras será percibido por el autor como una experiencia fundamental y fundadora de su personalidad y de su escritura que reposarían sobre cinco pilares: el exilio (frontera física en tanto que alejamiento del universo familiar), el compromiso (frontera ideológica), el francés (frontera lingüística, línea de intercambio entre el español, inutilizado e inutilizable, y la lengua francesa, que el adolescente se esfuerza por domesticar para tener derecho de entrada a ese nuevo territorio cultural), París (centro del mundo, nuevas fronteras y nueva cartografía relacionada con sus años de internado) y la mujer (descubrimiento de un continente desconocido, frontera biológica y psicológica que supone el paso de la adolescencia a la edad adulta y acceso a la sexualidad) para desembocar en una escritura más allá de las fronteras.

Partiendo de la frase de Isabelle Alonso que sostiene la idea de que nacer en un sitio concreto es fruto del azar, Inmaculada Tamarit Vallés analiza la novela *L'exil est mon pays* (2006) de esta periodista (y defensora de causas feministas) de actualidad nacida en Francia, hija de emigrantes o exiliados españoles durante la época franquista. Partiendo de premisas autobiográficas, frontera que se ve transgredida por momentos, la autora, escondida en la voz infantil de Angustias (nombre altamente connotado y sin traducción al francés), nos narra su sentimiento personal de “*décalage*”, de estar fuera de lugar en todos los sentidos: nacida en exilio y extranjera en la Francia profunda, pobre en un país rico, mujer en un mundo de hombres. Y este desfase, generador de sufrimiento y desarraigo, sirve sin embargo para forjar una idea plural y abierta del mundo, no exenta de cierto humor e ironía que permiten airear la asfixia que puede suponer la búsqueda o (re)construcción identitaria. En cuanto a la técnica narrativa, resulta especialmente interesante el tema del desdoblamiento, el juego especular, el mirarse desde el exterior, la disyunción por momentos entre narradora y personaje, que atrapa e implica al lector en tanto que confidente. ¿Dónde está su diferencia?, ¿en el físico?, ¿en el sexo?, ¿en la clandestinidad?, ¿en pertenecer a un mundo inferior?, ¿en la casa?, ¿en el acento? Extranjera en Francia y extranjera en España, apátrida aunque con nacionalidad francesa, sólo se identifica con un nuevo espacio: el de los exiliados, los extranjeros, los emigrantes, los desplazados. Esos son los suyos.

Pierre Brunel rinde un emotivo homenaje a Ilarie Voronca, ese ardiente e innovador poeta rumano (emigrado a París en 1933, con veinte años, naturalizado francés en 1938 y donde se suicidará en 1946), convertido en casi “desconocido” y “maldito” poeta francés. Voronca forma parte de toda una serie de escritores rumanos que han enriquecido la literatura francesa (Macedonski, Tzara, Fondane, etc.). El poeta, como ya hicieran Platón o Rimbaud, intenta elevarse hacia extraños universos, acceder a lo inaccesible, hacer visible lo

invisible, expresar lo inexpressable, fijar el vértigo. Voronca, el errante, el *homo viator*, tenía plena conciencia de su inestabilidad de exiliado, de viajero en la tierra, de hombre con suelas de viento. Nos invita a la fusión pero, como todo Narciso, nos muestra continuamente su desdoblamiento, su escisión, su alejamiento necesario de ese otro, esos otros que son él mismo, su sombra, su conciencia de abandono, de que dejará esas palabras y esos cantos inacabados, seguro de que volverá un día. La sombra, motivo insidioso, obsesivo, devorador en la poesía de Voronca, situado entre dos territorios, sonámbulo, físicamente aquí y mentalmente en otro sitio. ¿Hay un mundo mejor en alguna parte? ¿El silencio? ¿Voronca era francés o rumano? Era de un país cuyas fronteras no se habían definido, que aún no estaba situado en el mapa, hacia ese territorio se encaminaron sus pasos durante su breve existencia.

Ana Monleón Domínguez parte del fenómeno histórico de la aparición de las literaturas magrebíes de expresión francesa como pioneras en la apertura de las vías de la interculturalidad en el clima de hostilidad de los años 50 entre Francia y los países colonizados del Norte de África. La creación de un nuevo espacio dialéctico (“nuevo humanismo”) a partir de los “márgenes culturales” ha permitido reabsorber ciertas fracturas ideológicas y nacionales y constituir un potente motor de experimentación creativa que cuestiona lo hegemónico y legitima lo bastardo, aboliendo el concepto estratégico de frontera y de adversario real o simbólico para dignificar un territorio de nómadas, tránsfugas y apátridas solidarios. Como testigo privilegiado y ejemplo paradigmático de la evolución en paralelo de esta dolorosa problemática que ha conocido violentas fases de denegación (desde la aparición de *Nedjma* en 1956 del argelino Kateb Yacine), de la creación de un espacio “entre-dos” derivado esencialmente de las experiencias del exilio y la emigración y de la progresión de las temáticas abordadas en estas últimas décadas, la autora analiza la obra del poeta, crítico y universitario, tunecino exiliado en Francia en 1976, Tahar Bekri, donde se pone de manifiesto que la negación del otro tiene su corolario en el desprecio a uno mismo. Un nuevo y fraternal territorio identitario e imaginario en continuo movimiento se perfila en sus obras como fruto o alternativa al exilio: la mediterraneidad.

Frédéric Conrod parte de la tesis, defendida por Gilles Deleuze, de que el cine, gracias a su hibridismo y a la alternancia del juego metafórico y alegórico, ofrece mayor capacidad que la literatura de cruzar fronteras. Tomando al director gitano Tony Gatlif (o Michel Dahmani), de padres andaluces exiliados a Argelia y emigrado-vagabundo voluntario en Francia siendo adolescente, como ejemplo de “tercer cine” y de intercambio cultural triangular entre Francia, España y el Magreb, el autor se centra en el análisis de *Exils* (2004), obra que coronaría su búsqueda artística y que inauguraría una nueva época en la

que las fronteras se van cruzando formando palimpsestos donde se fusionan identidades y culturas fragmentadas. A través de la peregrinación revolucionaria de Zano y Naima, representantes de una tercera generación de identidades culturales en crisis, desde el espacio fronterizo que representa la carretera de circunvalación parisina donde viven hasta Argelia en busca de sus orígenes, pasando por el resto de Francia y España, el cineasta, con un ritmo de fusión entre música tecno y flamenco, emprende la odisea del exilio en sentido inverso para encontrarse con el paraíso perdido que sería una identidad íntegra. Se trata de una peregrinación expiatoria de Norte a Sur, que se corresponde con tres fases simbólicas espacio-temporales: paraíso, purgatorio e infierno (País Vasco, Castilla y Andalucía) y que contrasta con el resto de personajes “migrantes” que encuentran por el camino y que siguen el sentido “lógico” de la migración del Sur al Norte, lo que permite mostrar una visión contrastada entre Francia y España en cuanto a multiculturalismo y problemáticas identitarias se refiere.

Adela Cortijo Talavera se interesa por la obra del autor de cómic Enki Bilal de origen yugoslavo (padre musulmán bosnio y madre católica checa) emigrado a Francia en 1960 con apenas nueve años. El autor, con una estética ciberpunk propia de la ciencia ficción, explora de manera íntima en sus obras la problemática de la escisión identitaria y la fractura existencial fruto de la emigración, a la vez que efectúa una denuncia social y política basada en la confrontación entre las libertades individuales y la tiranía del grupo. Para ello dará una capital importancia a unos espacios urbanos bombardeados, inhóspitos y superpoblados, territorios imaginarios que proyectan las inhumanas y monstruosas pesadillas de la guerra de su país natal. A la desintegración del espacio corresponderá la fragmentación de los personajes, igualmente masacrados y desmembrados de manera violenta. La presencia recurrente de dobles, clones, híbridos animalizados y ciborgs se convertirá en una impactante metáfora de este universo de destrucción en el que los seres han perdido su unidad física y psíquica. Bilal transmite un intenso pesimismo que conmueve, pues hace visible de manera cruel y directa la falta de entendimiento entre pueblos vecinos. A través de su “política-ficción” Bilal denuncia en un mundo globalizado el desarraigo, la extrañeza, el peligro de las políticas y las potencias manipuladoras, la intolerancia religiosa, el miedo al otro, el odio fanático e incontrolado, las injusticias sociales y la xenofobia inculta.

Aitana Guia Conca hace un exhaustivo panorama de narrativa (en su mayoría memorias y ensayos) en catalán escrita por inmigrantes de distintos orígenes: Agnès Agboton (nacida en Benín), Najat El Hachmi (nacida en Marruecos), Salah Jamal (nacida en Palestina), Laila Karrouch (nacida en Marruecos), Asha Miró (nacida en India y adoptada por una familia catalana a los 6 años),

Ken Saro, Edmundo Sepa Bonaba (nacido en Guinea Ecuatorial), Tilbert Stegmann (nacido en Barcelona de padres alemanes, residente en Alemania), Ko Tazawa (nacido en Japón) y Matthew Tree (nacido en Inglaterra). Partiendo de una serie de antecedentes como Francesc Candel y del hecho de que la elección de la lengua catalana frente al castellano u otras lenguas es una nueva señal de identidad particular característica que se hace compatible con su identidad familiar o geográfica originaria, la autora indaga en la problemática de este nuevo espacio construido entre dos mundos, territorio híbrido que pone de manifiesto los límites entre la “catalanidad” y la alteridad. En cuanto a las causas que impulsan a escribir en catalán, éstas podrían ser reivindicativas (dualidad inclusión/exclusión), didácticas (ilustración de la diversidad cultural) o expresar la fascinación y curiosidad por Cataluña. Las temáticas variarían igualmente según se trate de la primera, segunda y tercera generación. Frente a visiones negativas o reductoras de transplante y desarraigo ligadas tradicionalmente a la literatura de la inmigración, se muestra una visión más positiva a través de numerosos ejemplos de esta rica literatura en catalán, que contribuye, por otra parte, de manera plural, al debate sobre la identidad catalana.

Olga García trata en su artículo “*Noch nicht angekommen*” Richard Wagner: un escritor rumano-alemán entre el Banato y Berlín la trayectoria de este autor perteneciente a la minoría alemana de los suabos del Banato, que emigró a la RFA en 1987. En este trabajo se explora el concepto de identidad y la etiqueta “autor rumano-alemán” que no siempre se adecua al perfil del autor. Las obras de Richard Wagner hablan sobre la vida y las circunstancias a este y al otro lado de las fronteras: la represión sufrida en los años de la dictadura de Rumania y los problemas que supone la integración en la RFA.

Ricarda Hirte realiza en “*Good bye, Lenin!*”: ¿Alemanes no alemanes?, un detallado análisis estilístico, político y psicológico de la película. Se aborda la temática de la identidad, de lo que significa ser alemán del Este en un mundo en el que la República Democrática Alemana ya no existe. Se explora además cómo acaba por disolverse la frontera entre las dos Alemanias en la mente del protagonista después de la reunificación.

M.^a Rosario Ferrer Gimeno describe en *Claudio Magris, paradigma de frontera: “El Danubio”* el viaje por *Mitteleuropa*, a lo largo del Danubio, que realiza este autor, y nos ofrece un recorrido por la historia de esta frontera geográfica. Claudio Magris reflexiona sobre la identidad y el nacionalismo reivindicando la frontera como espacio vital, pues a veces sirve de puente, a veces de barrera. La autora también aborda el papel de la literatura como único medio para buscar y encontrar la propia identidad.

Las cuatro últimas contribuciones a este libro que ahora presentamos tienen que ver con la literatura inglesa, y con sus periferias. De nuevo con Irlanda

y con los autores irlandeses que escriben en inglés. Con el inglés donde viven las escritoras chicanas, nativas americanas. Con Australia, y sus poetas, que escriben a menudo en el inglés que no fue su lengua materna. Con el Tánger exótico que en inglés se crearon para sí los viajeros literarios.

“En tierra de nadie”, en su artículo sobre Brian Friel y su pieza teatral *Translations*, María Gaviña explora el mismo terreno cultural y político del que surgen los poemas de Seamus Heaney. En la Irlanda de finales del s. XX, la resistencia a la hegemonía inglesa se ejerce en inglés, la lengua del invasor. Aquí es la propia lengua la que traza sus fronteras interiores, y también la lengua crea el espacio del arte que las revela y las cuestiona. La humillación imperial y colonial se convierte así en arma nativa, y los artistas saben construir ese espacio intermedio, esa zona exterior a los prejuicios donde el entendimiento es posible.

Margarida Castellano i Sanz amplía en su artículo “*Home? Where’s that?*” *Identitat fragmentada a la frontera dels Estats Units d’Amèrica* las concepciones coloniales y neocolonialistas de frontera, y la define como un espacio intersticial flexible, cambiante e híbrido. Es en la frontera donde habitan los que no se ajustan a lo que la sociedad acepta como “normal”; éste es el caso de las mujeres latinas o de ascendencia latina, marginadas por el machismo y el racismo que impera en un país blanco y masculino como EE.UU. La autora analiza las obras más destacadas de escritoras chicanas e incide en su papel de puente entre dos culturas, dos tradiciones y dos sociedades.

Jorge Salavert escribe sobre “Vivir la frontera (en desarraigo y con resistencia): la *performance poetry* de Ania Walwicz”. De nuevo la lengua que establece la frontera es la llave que pretende forzarla. En la Australia multicultural de la vida real, la lengua es el segundo pasaporte, y en ocasiones requisito para obtener el primero. La autora, de origen polaco, reproduce en su uso audaz de la lengua inglesa –disjunta, recreada– las tensiones y fracturas de su experiencia como emigrante, y su resistencia al proceso de asimilación/aniquilación cultural que los trazadores de límites quieren llamar integración.

Finalmente, Mohamed Jaouy describe en “Tangier, the Big Mountain, and Paul Bowles” los mecanismos de un proceso bien diverso. En este caso, la ficción deja entrever las contradicciones de su propia construcción: el exotismo orientalista de la ciudad de Tánger que se inventan para sí los europeos. En *The Sheltering Sky*, la obra de Paul Bowles, los exiliados son colonos privilegiados, y los nativos la difusa y anónima multitud que no existe sino como fondo del paisaje. En ocasiones, como se ilustra en la cita última de su artículo, las fronteras son también líneas mentales: los prejuicios de los que no quieren entender.

Hemos presentado una constelación bien compleja de experiencias artísticas en torno a diversas modalidades de frontera y exilio. Y no olvidamos que hoy, transcurrida ya casi la primera década del siglo XXI, exilio y frontera son vivencia cotidiana de millones de habitantes del planeta. Sus derechos son imaginariamente universales, pero en realidad dependen de sus pasaportes. Y los pasaportes, si se tienen, no son nunca iguales.

BIBLIOGRAFÍA

- Albert, Christiane (2005). *L'immigration dans le roman francophone contemporain*. Paris: Karthala.
- Anderson, B. (1993 (1983)). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Bhabha, H. K. (ed.) (2002 (1990)). *Nation and Narration*. London & New York: Routledge.
- Bhabha, Homi K. (2002 (1994)). *The Location of Culture*. London & New York: Routledge.
- Grimson, A. (2003). “Disputas sobre las fronteras”. En: VV.AA. *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa: 13-23.
- Heaney, S. (1987). *The Haw Lantern*. Londres: Faber and Faber.
- Huston, Nancy y Sebbar, Leila (2006 (1986)), *Lettres parisiennes. Histories d'exil*. Paris: J'ai lu.
- Oliver, José F. A. (1989). *Auf-Bruch*. Berlin: Das Arabische Buch.
- Jaccard, Roland (2007). *Dictionnaire du parfait cynique*. Paris: Zulma.
- Kristeva, Julia (2001 (1988)). *Étrangers à nous-mêmes*. Paris: Gallimard/Folio essais.
- Kristeva, Julia (1995). “Bulgarie, ma souffrance”. *L'Infini* 51: 42-52.
- Rommelspacher, Birgit (2002). *Anerkennung und Ausgrenzung. Deutschland als multikulturelle Gesellschaft*. Frankfurt/Main: Campus.
- Todorov, Tzvetan (2001 (1989)). *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*. Paris: Seuil/Points Essais.

